

VI

De cincuenta y un votos dados para sentenciar á Milón, sólo tuvo trece favorables. Era costumbre votar secretamente, pero Catón lo hizo en voz alta á favor del acusado. «Si hubiera sido el primero, dice Veleyo Patérculo, muchos le siguieran por ser claro que no habían tenido la República tan fatal peste ni los hombres de bien enemigo mayor que Clodio.»

Pocos días después de desterrado, partió Milón para Marsella.

M. Sufeyo, amigo íntimo de Milón, fué juzgado por el mismo tribunal por capitanear á los que mataron á Clodio. También le defendió Cicerón, y fué absuelto. Con más rigor trataron los jueces á Sexto Clodio, caudillo del bando opuesto, condenándole á destierro perpetuo por haber sido el que pegó fuego á la sala del Senado y por otras violencias.

Apenas había Pompeyo publicado su ley contra el soborno, se intentaron dos acusaciones contra los dos últimos candidatos consulares: Scipión é Hipseo. Su culpa era tan manifiesta, que no podían salvarse; pero Pompeyo juntó los jueces y les pidió por gracia absolviesen á Scipión y, habiéndola obtenido, se casó con su hija Cornelia y le proclamó cónsul consigo por los cinco meses que faltaban de aquel año. Hipseo quedó sólo expuesto al rigor de la ley; y, viendo que Pompeyo era el único que le podría salvar, se introdujo en su casa. Presentándosele cuando salía del baño, se echó á sus pies implorando su protección y alegando por mérito haber

sido cuestor suyo y estado siempre sumiso á su voluntad, por lo que esperaba no le abandonaría en aquella ocasión tan urgente. Mas Pompeyo tuvo la crueldad de dejarle por un rato en aquella postura abatida y de responderle después, con una frialdad que Valerio Máximo llama insolencia, que con todas sus lágrimas sólo conseguiría hacerle comer un poco más tarde.

Antes de acabar el otoño tuvo nuestro orador el gusto de ver desterrar dos tribunos enemigos suyos, que igualmente lo fueron de Milón, Q. Pomponio Rufo y Tito Munacio Planco Bursa. Habían cometido mil violencias en sus empleos y tenido parte en la quema de la sala del Senado. Celio acusó al primero y Cicerón al otro, no obstante que después de la causa de Verres no había acusado á nadie. Aquel insolente tribuno merecía por su ingratitud la venganza de un hombre que, habiéndole defendido en otra causa, sólo recibía por recompensa injurias y agravios. Contaba con la protección de Pompeyo, el cual, efectivamente, se interesó tanto por él, que le sirvió de abogado ante los jueces por él mismo elegidos, y con todo eso, la elocuencia vigorosa de Cicerón y su habilidad hicieron saliese condenado por todos los votos.

Esta victoria le debió causar infinita satisfacción, pues escribió al instante con gran complacencia a Mario, uno de sus más íntimos amigos, diciéndole: «No dudo del gusto que habrás tenido con la condenación de Bursa; pero me das el parabién de ella con demasiada frialdad. Tal vez te figuras que mi complacencia no pasa de mediana por ser sujeto despreciable; pero has de saber que me ha llenado más esta condenación que la muerte de mi enemigo. Me causa más gusto vencer por justicia que con la espada..., y particularmente debe darme gran satisfacción el ver declarados por mí tantos hombres de bien contra un competidor tan temible

VI

De cincuenta y un votos dados para sentenciar á Milón, sólo tuvo trece favorables. Era costumbre votar secretamente, pero Catón lo hizo en voz alta á favor del acusado. «Si hubiera sido el primero, dice Veleyo Patérculo, muchos le siguieran por ser claro que no habían tenido la República tan fatal peste ni los hombres de bien enemigo mayor que Clodio.»

Pocos días después de desterrado, partió Milón para Marsella.

M. Sufeyo, amigo íntimo de Milón, fué juzgado por el mismo tribunal por capitanear á los que mataron á Clodio. También le defendió Cicerón, y fué absuelto. Con más rigor trataron los jueces á Sexto Clodio, caudillo del bando opuesto, condenándole á destierro perpetuo por haber sido el que pegó fuego á la sala del Senado y por otras violencias.

Apenas había Pompeyo publicado su ley contra el soborno, se intentaron dos acusaciones contra los dos últimos candidatos consulares: Scipión é Hipseo. Su culpa era tan manifiesta, que no podían salvarse; pero Pompeyo juntó los jueces y les pidió por gracia absolviesen á Scipión y, habiéndola obtenido, se casó con su hija Cornelia y le proclamó cónsul consigo por los cinco meses que faltaban de aquel año. Hipseo quedó sólo expuesto al rigor de la ley; y, viendo que Pompeyo era el único que le podría salvar, se introdujo en su casa. Presentándosele cuando salía del baño, se echó á sus pies implorando su protección y alegando por mérito haber

sido cuestor suyo y estado siempre sumiso á su voluntad, por lo que esperaba no le abandonaría en aquella ocasión tan urgente. Mas Pompeyo tuvo la crueldad de dejarle por un rato en aquella postura abatida y de responderle después, con una frialdad que Valerio Máximo llama insolencia, que con todas sus lágrimas sólo conseguiría hacerle comer un poco más tarde.

Antes de acabar el otoño tuvo nuestro orador el gusto de ver desterrar dos tribunos enemigos suyos, que igualmente lo fueron de Milón, Q. Pomponio Rufo y Tito Munacio Planco Bursa. Habían cometido mil violencias en sus empleos y tenido parte en la quema de la sala del Senado. Celio acusó al primero y Cicerón al otro, no obstante que después de la causa de Verres no había acusado á nadie. Aquel insolente tribuno merecía por su ingratitud la venganza de un hombre que, habiéndole defendido en otra causa, sólo recibía por recompensa injurias y agravios. Contaba con la protección de Pompeyo, el cual, efectivamente, se interesó tanto por él, que le sirvió de abogado ante los jueces por él mismo elegidos, y con todo eso, la elocuencia vigorosa de Cicerón y su habilidad hicieron saliese condenado por todos los votos.

Esta victoria le debió causar infinita satisfacción, pues escribió al instante con gran complacencia á Mario, uno de sus más íntimos amigos, diciéndole: «No dudo del gusto que habrás tenido con la condenación de Bursa; pero me das el parabién de ella con demasiada frialdad. Tal vez te figuras que mi complacencia no pasa de mediana por ser sujeto despreciable; pero has de saber que me ha llenado más esta condenación que la muerte de mi enemigo. Me causa más gusto vencer por justicia que con la espada..., y particularmente debe darme gran satisfacción el ver declarados por mí tantos hombres de bien contra un competidor tan temible

y poderoso como Pompeyo. Además, te aseguro una cosa que con dificultad te ha de ser creíble y es que aborrezco más al pícaro Bursa que al mismo Clodio. Éste á lo menos se proponía objeto grande y noble declarándome la guerra á tiempo que la seguridad de la República parecía depender de mí; y esto no me lo hacía con sus propias fuerzas sino con las de aquellos que no se creían dueños del mando mientras me mantuve en mi crédito. Al contrario, este infeliz se divertía en tomarme por objeto de sus invectivas, y espontáneamente se prestaba á cuanto querían mis envidiosos. Así que el vencimiento es para mí más importante de lo que imaginas, y le debes celebrar mucho...»

Se cree que poco después de la muerte de Clodio compuso Cicerón su libro de *Las leyes*, imitando á Platón, á quien tomaba gustoso por modelo. Éste, despues de haber escrito sobre el gobierno en general, compuso un Código de leyes análogo á su sistema, y Ciceron, por imitar el mismo método, escribió cuanto había meditado sobre aquel asunto. Como esta obra debía de servir de suplemento al tratado *De la República*, es natural la distribuyese también en seis libros, pues en varios autores hallamos citados el cuarto y el quinto, aunque sólo nos han quedado tres muy incompletos.

En el primero trata del origen de la ley, y descubre el principio de todo lo que se llama obligación, derivándola de la naturaleza universal de las cosas; esto es, como lo explica él mismo, de la razón y de la autoridad suma de Dios. En el segundo forma un cuerpo de leyes conforme á su plan y sistema de una República bien ordenada. Pone en primer lugar las que pertenecen á la religión y culto de los dioses; las demás tratan de la autoridad y deberes de los magistrados, y casi todas son tomadas de la constitución y usos de la antigua Roma, con algunas leves mutaciones y temperamentos, que

juzgaba Cicerón podrían remediar los abusos introducidos en el gobierno de la República y constituir la suya ideal un poco más aristocrática. En los libros que se han perdido trataba de los derechos y privilegios particulares del pueblo romano.

Pompeyo preparaba una inscripción para poner en el frontispicio del nuevo templo que había erigido á Venus Vencedora junto á su teatro, en la que exponía todos sus títulos, y se movió duda sobre la palabra que debía expresar su tercer consulado, queriendo unos que se pusiese *consul tertium* y otros *consul tertio*. Se propuso la cuestión á los primeros críticos de Roma y discordaron. Pompeyo se empeñó con Cicerón sobre que la decidiese, pero no lo quiso hacer por no agraviar á nadie. Al fin prevaleció el parecer de Varrón, que eludía la dificultad aconsejando se abreviase la palabra, poniendo *tert*. Este ejemplo nos da á entender cuán pura y elegante debía ser la lengua romana en boca de aquellos que tenían tales escrúpulos.

En este tercer consulado suyo había dado Pompeyo una ley contra el soborno electoral; y como los candidatos á cónsules y pretores, más que estos cargos lo que deseaban era el gobierno de las provincias que después se les concedía, y de las cuales casi todos volvían enriquecidos, en la citada ley se dispuso que no se pudieran obtener dichos gobiernos sino cinco años después de haber sido cónsules ó pretores. Para suplir el hueco de los cinco años de exclusión se estableció que los gobiernos de las provincias vacantes se concedieran á los senadores consulares que no habían gobernado ninguna provincia, y que la distribución se hiciera por suerte. De este modo tocó á Cicerón el gobierno de Cilicia; y parecióle la cosa tan extraordinaria, que creyó deber conformarse con ella. En Roma sólo veía ya objetos desagradables; sus disgustos y temores habían crecido,

porque empezaban á descubrirse los celos entre Pompeyo y César. El Senado favorecía al primero, juzgando que la autoridad de tan gran nombre serviría para contener la ambición de César. Éste, que no lo ignoraba y preveía que iban á quitarle su gobierno, determinó mantenerse en él por la fuerza. Contaba para ello con el valor y afecto de sus tropas, parte de las cuales estaba ya en la Galia Cisalpina, resueltas á sostener todas las pretensiones de un general que las había acostumbrado á vencer siempre, y la Italia toda veía ser inevitable una guerra civil. Esta era la situación de los negocios públicos cuando Cicerón partió para su provincia.

El cargo de procónsul ó gobernador de una provincia, tan ambicionado por los romanos, equivalía al mando absoluto en gran extensión de territorio y para los poco escrupulosos era el medio de adquirir considerables riquezas.

Es cierto que la autoridad de los gobernadores dependía del pueblo; pero en las provincias eran absolutos y ostentaban la pompa y poder de los mayores soberanos. Los reyes confinantes acudían á su residencia á recibir sus órdenes. Si eran inclinados á la guerra, nunca les faltaban pretextos para hostilizar á los vecinos ó á los mismos aliados de la República. Destruir una nación inocente que la opresión forzaba á tomar las armas, era el medio más seguro de llenarse de gloria y conseguir el título de *Imperator*, á costa de la sangre de aquellos infelices, con derecho de pretender el triunfo; honor que conseguían casi todos los procónsules á su vuelta de las provincias.

La facilidad que tenían de enriquecerse no conocía límites ni freno; sin contar los que les daba el Tesoro público, para equipo, vajilla y muebles, que eran sumas considerables. A esto se juntaban las contribuciones

ordinarias de las provincias de la República, y la paga del ejército, cuya dirección dependía de su arbitrio, pues ellos la reclamaban, no sólo en sus jurisdicciones, sino en los países de los príncipes aliados que estaban bajo la protección de Roma.

Además de enriquecerse ellos tan desmedidamente, llevaban en su compañía bandadas de amigos y protegidos hambrientos, legados, tribunos y prefectos con legiones enteras de libertos y esclavos que por todos los medios posibles procuraban engordar con los despojos de las pobres provincias, y vendiendo los favores de su amo. De aquí procedían las frecuentes acusaciones y procesos que leemos en todas las historias de Roma; pues como eran tan raros los procónsules que observaban las leyes y la justicia, los diversos partidos que había continuamente en Roma animaban á las provincias oprimidas á buscar protectores en el Senado, para que expusieran sus quejas al pueblo romano. Nunca faltaba algún enemigo del culpado ó de su familia que abrazase con gusto aquella ocasión de vengarse, y así la mayoría de los que habían gobernado las provincias, al acabar sus empleos y, muchas veces después del triunfo, se veían condenados por los tribunales.

Todas las ventajas que prometía el Gobierno de la Cilicia no podían satisfacer á Cicerón, porque un empleo de aquella naturaleza se adaptaba mal á su genio y carácter, más propios para estar al timón de un imperio y brillar en la administración general; por esto tomó precauciones anticipadas para que no se le prorrogase el tiempo de su gobierno, que debía ser de un año, pero que en muchos casos se prolongaba.

Acompañado de su hijo, su hermano y su sobrino, partió para Cilicia á primeros de Mayo.

Su hermano Quinto renunció, para seguirle, el em-

pleo que tenía en las Galias con César. Había pedido Ático á Cicerón, que antes de salir de Italia indujese á Quinto á que tratase mejor y con más cariño á su mujer Pomponia, quien se quejaba de su aspereza y poca afabilidad; y como sabía que Cicerón había de ver toda su familia junta en una casa de campo, le hizo nuevas instancias para que, en vísperas de tan largo viaje, dejase Quinto contenta á su mujer. Cicerón le informó en la carta siguiente de lo que había pasado en la entrevista.

«Poco después que llegué á Arpino vino mi hermano y hablamos largamente de ti. Yo dejé caer la conversación sobre lo que me dijiste en Túsculo acerca de tu hermana, y te aseguro que nunca he visto á Quinto tan humano ni moderado, pues no me dió á entender tuviera la menor queja de ella. Esto fué aquel día. Al siguiente fuimos á Arcé, donde mi hermano debía dormir con motivo de la fiesta y yo volver á Arpino. Tú conoces la casa que tengo allí.»

«Luego que llegamos, Quinto dijo á su mujer que convidase las damas del lugar á comer, que él convidaría á los hombres. Me parece que la cosa en sí misma, ni en el modo con que se la dijo no tenía nada que pudiese chocar y, sin embargo, le respondió muy secamente en mi presencia, que ella era huésped y no mandaba allí. Esto, sin duda, porque nosotros habíamos enviado delante á Stacio, para que nos preparase la comida »

«Mira, me dijo mi hermano, lo que tengo que sufrir todos los días.»

«Me dirás tú : ¿y qué significa todo eso? Más de lo que parece, y te confieso que á mí mismo me chocó la altivez y el semblante con que dió una respuesta tan fuera de propósito; pero con gran sentimiento fingí no haberla oído.»

«Servida la mesa, no quiso sentarse con nosotros, ni recibió varios platos que de ella la sirvió Quinto. En una palabra, es imposible usar más atenciones de las que mi hermano tuvo con ella, ni corresponder con mayor sequedad. Omito referirte otras varias particularidades que me inquietaron á mí más que á él.»

«Yo fuí á dormir á Aquino. Mi hermano se quedó en Arcé y al otro día por la mañana vino á verme, y me contó que su mujer no había querido dormir con él y que, al despedirse, había estado del mismo humor que el día precedente. En fin, puedes decir á Pomponia que esta vez ciertamente no ha tenido razón. Te he contado todo esto, para que veas que tu hermana tiene tanta necesidad de buenos consejos como su marido.»

La única observación que hay que hacer sobre estos chismes, la cual puede confirmarse con otros infinitos ejemplos, es que la libertad del divorcio, que no tenía límites entre los romanos, de nada servía para la paz de los matrimonios, y que antes al contrario, daba á los cónyuges motivo de ser más obstinados y caprichosos, pues al menor disgusto ó antojo se les presentaba el recurso de separarse, con la esperanza de mejorar de suerte, y hallaban por lo regular todo lo contrario. Pasaban, sin embargo, de un matrimonio á otro con una libertad increíble, en especial los grandes de Roma de uno y otro sexo, y con desprecio total de la fidelidad y respeto debido á tan sagrada unión.

Cicerón se detuvo algunos días en su casa de Cuma, cerca de Baya, donde recibió tantas visitas, que decía tener consigo una pequeña Roma. Hortensio que, entre otros, fué á despedirse de él, le preguntó qué le dejaba mandado durante su ausencia. Una sola cosa, le respondió Cicerón, y es que en cuanto puedas no permitas me prorroguen el gobierno.

De Roma á Tarento no empleó más de diez y seis

días y allí hizo una visita á Pompeyo, como se lo había prometido. Le halló en una de sus casas de campo gozando de la salubridad del aire, porque tenía un poco quebrantada la salud, y rogó á Cicerón se detuviese allí algunos días para hablar de asuntos de gobierno, que eran el objeto principal de ambos, y Cicerón que, en su nuevo cargo, no esperaba vivir siempre en paz, tomó de tan gran general algunas lecciones militares. Prometió dar cuenta á Ático de todo lo que pasó en aquellas conferencias; pero, pensándolo mejor después, advirtió que sería imprudencia exponer materias tan delicadas al riesgo de una carta, y se contentó con decirle que dejaba á Pompeyo persuadido de los principios de un excelente ciudadano y preparado á oponerse á todo cuanto se dirigiese á turbar la tranquilidad pública.

Habiendo pasado tres días con Pompeyo, partió para Brindis, donde se detuvo doce, tanto por una pequeña indisposición que padeció como por esperar á los principales de su comitiva que debían juntarse en aquella ciudad. El que más importaba que llegase era su grande amigo Pontino, célebre por su pericia militar y por haber triunfado de los Alobroges. Cicerón iba confiado en él para todo lo concerniente á la guerra. El 15 de Junio se embarcó para Accio con toda su comitiva, y haciendo desde allí el viaje, parte por mar y parte por tierra, llegó el 28 á Atenas y se alojó en casa de Aristo, primer catedrático de la Academia, y su hermano Quinto en la de Xenón, célebre filósofo de la secta de Epicuro.

Las diversiones y bellezas de aquella célebre ciudad les detuvieron más tiempo del que creyeron al principio. En las casas de sus huéspedes ocupaban el tiempo en filosofar y lo demás en recibir las visitas de los principales de Atenas, que apreciaban justamente el mérito del procónsul y su amistad con Ático, tan amado de to-

dos los atenienses. Los famosos edificios de Atenas, sus antigüedades, las producciones de las bellas artes y las conversaciones de tantos sabios griegos y romanos, eran cosas que encantaban á Cicerón, y por gozar de ellas habría de buena gana renunciado su gobierno de Cilicia.

C. Memio, que fué desterrado de Roma por delito de soborno en la pretensión al consulado, se había establecido en Atenas, pero partió de allí el día antes que llegase Cicerón. El papel que había hecho en Roma le daba mucha consideración entre los atenienses, de modo que el Areópago le había concedido para edificar una casa un pedazo del terreno donde estuvo la de Epicuro, en cuyo sitio se veían aún algunas ruinas de su habitación. Todos los epicúreos se alborotaron al ver profanado un monumento tan respetable para ellos. Su celo por la memoria de su maestro los movió á empeñar á Cicerón, aun antes que partiese de Italia, para que escribiera á Memio rogándole que no les hiciese aquella afrenta, y, llegado á Atenas, Xenón y Patrón renovaron sus instancias para que escribiese á Memio con todo empeño. Él lo hizo así en los términos más expresivos, pero de su carta se infiere que condescendía por bondad á los ruegos de sus amigos, sin aprobar ni participar de sus debilidades, pues se burla del celo con que veneraban el arruinado solar de su maestro, rogando no obstante á Memio que condescendiese á la instancia de aquellos hombres, pues aunque, á la verdad, desacreditaban con ella su razón y era su filosofía cosa risible, por otra parte Patrón y otros sectarios de ella eran sujetos dignos de su amistad, y en este particular pecaban de necios más que de otra cosa.

Por dicha carta se ve que en aquel tiempo el ser de opiniones diferentes no impedía á los filósofos y hombres de ingenio el vivir en la más perfecta unión y

amistad. Cicerón era enemigo declarado de la doctrina de Epicuro y la miraba como la ruina de la moral, pero su odio no recaía sobre las personas, sino sobre los principios. El mismo nos lo confirma en una carta que escribió á Trebacio, que acababa de abrazar el epicurismo.

M. T. Cicerón á Trebacio: salud.

«Ya me causaba extrañeza el no recibir cartas tuyas, cuando he sabido por Pansa que te has vuelto epicúreo. ¡Oh, que preclara la compañía en que te has alistado! ¿Qué más habrías hecho si en vez de enviarte á Seme-robriva te hubiera yo enviado á Tarento? Cuando advertí que seguías los pasos de mi amigo Seyo, empezaste á darme mala espina. Dime, ¿con qué cara harás ahora de abogado, llevando por principio el no pensar más que en tu propio interés y no en el de tus clientes? ¿Y cómo te compondrás con aquel antiguo axioma de fidelidad, *que entre hombres de bien se ha de proceder con lisura?* ¿Qué ley establecerás sobre la división de las cosas comunes cuando nada hay común entre los que todo lo regulan por su propia conveniencia y deleite? ¿Cómo podrás jurar por Júpiter, si juzgas que este dios ningún mal puede hacer á los hombres? ¿Qué pensarán tus paisanos de Ulubria cuando digas que el sabio no se debe mezclar en el gobierno? Si has desertado enteramente de nosotros, me será sensible; pero si quieres lisongear á Pansa, te lo perdonaré con tal que me escribas de cuando en cuando cómo te va y en qué te puedo servir aquí. Adiós.»

Cicerón se hizo á la vela para Asia después de haber pasado diez días muy divertidos en Atenas. Cuando partió de Italia dejó á Celio encargado de escribirle las noticias de Roma. Entre las cartas familiares de Cicerón se nos conservan muchas de las de Celio, que son

muy útiles, divertidas y llenas de vivacidad; pero no se halla en ellas aquel estilo fino y elegante que caracteriza las de Cicerón, como lo manifestaran las dos primeras.

M. Celio á M. T. Cicerón: salud.

«Para cumplir la comisión que me dejaste de enviarte todas las noticias de aquí, encargué á algunos el recogerlas con tal exactitud, que acaso te enfadaran las demasiadas menudencias. Bien conozco tu curiosidad y el ansia de los que estáis ausentes por saber las cosas más pequeñas que pasan en Roma. Espero no lloves á mal que, para averiguarlas, me haya valido de otros, pues no ha sido porque deje de causarme gran gusto el dártele á ti, sino porque, como sabes, estoy lleno de quehaceres, y en escribir cartas soy la misma pereza. El paquete que te envío me servirá de excusa, pues verás que era imposible hallar yo tiempo suficiente, no digo para escribir, pero ni aun para leer todo lo que incluye, como son decretos del Senado, edictos, composiciones teatrales, sucesos particulares y noticias que corren. Si esta muestra no te agrada, dímelo claro para no gastar mi dinero en fastidiarte. Cuando ocurra cosa mayor, que no sea del alcance de estos gaceteros, yo mismo te la escribiré con sus circunstancias, añadiendo mis reflexiones y lo que me parezca sobre las consecuencias que se puedan inferir.»

«En el día nada ocurre que merezca gran curiosidad. La noticia que corrió tan válida en Cuma de haber formado una confederación las colonias de allende del Po, ni aun se sabía aquí cuando yo llegué. Como Marcelo no ha propuesto aún que se dé sucesor al que gobierna las dos Galias y lo deja para el mes de Junio, según me ha dicho, este negocio se halla en el mismo estado que tú le dejaste.»

«Si has visto á Pompeyo al paso, como pensabas hacerlo, dime en qué disposición le hallaste, qué conversación tuviste con él y qué es lo que crees de sus inclinaciones, porque él es capaz de decir una cosa y pensar otra, bien que no tiene bastante talento para disimular tan perfectamente su intención que no se le conozca.»

«En cuanto á César, cada día corren especies que no tienen nada de bueno, pero todavía no se dicen sino al oído. Algunos pretenden que ha perdido toda su caballería, y yo temo sea verdad. Otros dan por seguro que su séptima legión ha sido derrotada enteramente y que los Belovacenses le tienen cercado y sin comunicación con lo restante de su ejército. De seguro, nada se sabe todavía. Aun lo dudoso no corre en el público, y aquellos que tú conoces lo hablan entre sí con misterio. Domicio siempre acaba poniéndose el dedo en la boca.»

«El 21 de Mayo se esparció en el foro la noticia (Dios la cumpla en quien la inventó) de que Q. Pompeyo te había asesinado por el camino, pero como yo sabía que se hallaba en Bauli, tan pobre que me daba lástima, pues para matar el hambre hacía de barquero, no me asusté y pedí á los dioses que todos tus riesgos sean como éste. Tu amigo Planco Bursa está en Ravena. César le ha dado un socorro considerable, pero aun así no ha salido de miserias y estrecheces.»

«Tu libro *De la República* es muy aplaudido de todos. Adiós.»

M. T. Cicerón, Procónsul, á M. Celio: salud.

«¿Si creerás que yo te pedí me avisases cuentos de gladiadores y pleyteantes, los hurtos de Chresto y otras futilidades de que, cuando estoy en Roma, ni siquiera se hace mención en mi presencia? Yo, que te conozco y, no sin razón, te tengo por gran político, ni

aún deseo me avises las cosas de mayor consecuencia que diariamente ocurren relativas á la República, si es que no me interesan personalmente. Estas noticias las escriben otros y aun la voz pública las trae por acá.»

«Lo que quiero que me escribas no es lo pasado ni lo presente, sino de lo futuro, como hombre que alarga la vista muy lejos, para que, observando en tus cartas el plan de la República, pueda yo juzgar cuál será el edificio. Hasta ahora no hay por qué yo me queje de ti, pues no ha ocurrido cosa en que pudieses extender tu previsión más que cualquiera de nosotros la nuestra, particularmente yo, que en bastantes días no he hablado con Pompeyo de otra cosa que de la República. No son asuntos para confiados á una carta, pero en general te puedo decir que Pompeyo es un excelente ciudadano, lleno de prudencia y de valor para cualquier acontecimiento; por consiguiente, bajo mi palabra puedes entregarte á él, que te abraza muy gustoso, pues ya distingue los buenos de los malos ciudadanos tan bien como nosotros.»

«Me he detenido diez días cabales en Atenas, donde ha pasado conmigo largos ratos nuestro Galo Caninio, y habiendo de partir el 6 de Julio, te envió ésta con él. Te encargo todos mis negocios, y especialmente que no permitas se me prorrogue en el gobierno. Me importa infinito; y tu sabrás cuándo, cómo y con quiénes se ha de tratar para conseguirlo. Adios.»

Cicerón desembarcó en Efeso el 22 de Julio, después de una navegación feliz de quince días, suavizando el fastidio de la lentitud con la diversión de arribar á varias islas del mar Egeo situadas al paso.

A Ático envió el diario de su viaje. Muchos diputados de las ciudades de Asia y gran número de gentes habían ido á esperarle en Samos; pero mucho mayor concurso aguardaba su desembarco en Efeso, porque

había venido de todas partes infinito número de griegos á conocer un hombre tan célebre en todo el imperio por su doctrina y elocuencia; de modo que, como dice él mismo, todo su crédito de tantos años se había puesto entonces á prueba.

Habiendo descansando tres días en Efeso, se encaminó á su provincia, y el último de Julio llegó á Laodicea, una de las principales ciudades de su jurisdicción. Desde aquel día comenzó á contar el año de su gobierno, y escribiendo á Ático le encarga que esté atento para computarle desde entonces.

Tenía determinado poner en práctica las reglas y consejos que dió á su hermano cuando fué gobernador de Asia, y sacar partido de un empleo desagradable para él, adquiriendo nueva gloria con la honradez de sus costumbres y la recta administración de justicia, y dejando á sus sucesores un modelo difícil de imitar. Los procónsules, cuando iban á sus provincias, acostumbraban á viajar con sus comitivas á expensas de los pueblos por donde pasaban. Cicerón al contrario, desde el punto que desembarcó, no permitió que ninguna ciudad ni particular hiciese el menor gasto por él. No tomaba ni aun lo que era permitido por la ley Julia, ni recibía ningún regalo de sus huéspedes, y como este ejemplo servía de regla á su comitiva, causaba admiración á todos. Tampoco permitía que sus gentes aceptasen más que el alojamiento y la cama, y donde había proporción de armar las tiendas, ni aun daba esta incomodidad. Contaba para la defensa de la provincia con un ejército de doce mil hombres de infantería y dos mil seiscientos de caballería, sin contar las tropas auxiliares de los Estados comarcanos ni las de Deyotaro, rey de Galacia, su íntimo amigo y el aliado más fiel del pueblo romano. Cuando revistaba á sus tropas, acampadas en Iconio, en la Licaonia supo por Antíoco, rey de Comagena, que

los Partos, á las órdenes de Pacoro, hijo de su rey, habían pasado el Eufrates con el propósito de invadir las tierras de los romanos.

Esta novedad le hizo encaminarse hacia aquella parte de su gobierno que propiamente se llama Cilicia para defenderla de las correrías de los enemigos y prevenir los movimientos que podían hacer los habitantes. Como esta marcha no era fácil de practicar por otro camino que el de la Capadocia, se dirigió por aquel reino y acampó en Cibistro, al pie del monte Tauro.

Su ejército se componía de doce mil hombres de infantería y dos mil y seiscientos caballos, sin contar las tropas auxiliares de los Estados comarcanos ni las de Deyotaro, rey de Galacia, su íntimo amigo y el aliado más fiel del pueblo romano.

Mientras daba algunos días de descanso á sus tropas ejecutó una comisión especial del Senado, que era conceder su protección á Ariobarzanes, rey de Capadocia, á cuyo favor había expedido aquél un decreto sin ejemplo con ningún otro rey, declarando que su seguridad era de la mayor importancia para la República. Su padre había sido muerto por sus propios vasallos y se temía que al hijo le sucediese lo mismo.

En un consejo de guerra notificó Cicerón al rey el decreto del Senado y le ofreció todas sus fuerzas para cuanto condujese á su seguridad y á la de sus Estados. Ariobarzanes le dió gracias por este favor, asegurándole que por entonces no necesitaba usar de él para su seguridad ni para la de sus reinos, y el procónsul le dió la enhorabuena de su feliz situación, aconsejándole, sin embargo, que no olvidase la desgracia de su padre y que estuviese bien sobre aviso, con lo cual le despidió.

La mañana siguiente volvió el rey al campo acompañado de su hermano y consejeros, implorando el auxilio del general con muchas lágrimas y diciendo que

aquella noche había sabido con certeza una conspiración tramada contra su vida, la cual no le había querido descubrir hasta que volviese; que á su hermano, que estaba allí con él, le habían solicitado para que aceptase la corona, y, en fin, que los tramadores de la rebelión eran muy temibles, por lo que le suplicaba le diese algunas tropas para su defensa.

Cicerón le respondió que estando en vísperas de sostener una guerra contra los Partos, sería grande imprudencia enflaquecer su ejército; pero que habiéndose ya descubierto felizmente la conspiración, las fuerzas de Capadocia debían ser bastantes para remediar las consecuencias. Que obrase como rey, tomando las precauciones necesarias para poner su vida en seguro, y luego castigase las cabezas de la rebelión, perdonando á todos los demás; hecho lo cual, poco miedo debía quedarle cuando sus pueblos supiesen el decreto del Senado y viesen un ejército cerca para sostenerle.

Después de haber animado así al rey, dió cuenta de todo á los cónsules y al Senado, escribiéndoles dos cartas, una sobre los negocios de Capadocia y otra sobre el movimiento de los Partos. En otra particular á Catón, que era el amigo y protector de Ariobarzanes, le informó de que no solamente había puesto á cubierto á aquel príncipe joven contra todo atentado, sino también en seguro su honor y dignidad, haciéndole tomar sus antiguos consejeros, como Catón se lo había recomendado, y echando del reino un cierto sacerdote de Belona que había usurpado casi tanta autoridad como tenía el rey, y era cabeza de los malcontentos.

Ariobarzanes era tan pobre, que de su falta de moneda se hizo una especie de proverbio. Debía grandes sumas que había tomado prestadas ó prometido para conseguir algunos favores. Los grandes de Roma prestaban por lo común dinero á los príncipes y ciudades depen-

dientes del imperio; pero con interés tan exorbitante, que parece increíble. La política entraba en esto por una y otra parte, porque los deudores se aseguraban la protección de los ciudadanos más poderosos de Roma, pagándoles con una especie de pensión disimulada con el nombre de deuda, y los romanos por este mismo medio colocaban su dinero con mucha utilidad. El rédito ordinario de estos censos era de uno por ciento al mes, con el interés del interés en caso de retardar el pago. Ésta era la usura más moderada, porque en casos extraordinarios no reparaban en hacer les pagasen cuatro veces más.

Pompeyo cobraba de Ariobarzanes unos tres mil duros cada mes, y esto sin exigir rigurosamente el rédito de todo lo que le tenía prestado. También Bruto había dado á préstamo al mismo príncipe considerables sumas, y para cobrarlas escribía á Cicerón las cartas más apremiantes. Por otra parte, los agentes de Pompeyo le apretaban mucho más; pero el rey de Capadocia era tan pobre, que Cicerón, después de haber practicado todas las diligencias posibles, desengañó á Bruto de que pudiese cobrar.

Sin embargo, no dejó Ariobarzanes de enviar á Cicerón el regalo que era costumbre hacer á los gobernadores romanos; pero él lo rehusó generosamente, aconsejándole que primero pagase sus deudas, y viendo que ni aun así le permitían sus necesidades pagar á Bruto, dió esta mala noticia á Ático, que era quien le había encargado la cobranza. «Vengo ahora á Bruto, le dice; á aquel Bruto cuya amistad me has hecho adquirir con tus consejos, y que ya comenzaba á amar. Pero... no lo quiero decir por no enojarte. Lo que te aseguro es que el no quedar servido no consiste en mí, porque he hecho todo lo posible. Me dió una memoria de todos sus encargos que tú me recomendaste, y yo no he descuidado

ninguno. En primer lugar, insté á Ariobarzanes sobre que le pagase hasta proponerle que le enviase el dinero que me quería regalar. Mientras estuvo conmigo mostraba que lo haría; mas luego, á su vuelta, se vió estrechado por los agentes de Pompeyo, á quien teme este príncipe más que á nadie, especialmente ahora que se dice vendrá á mandar la guerra contra los Partos. Así, pues, todo lo que han podido conseguir es cobrar, mediante una contribución extraordinaria sobre la Capadocia, treinta y tres talentos Áticos al mes, que aun no cubren los intereses. Mas Pompeyo le trata con blandura, y contentándose con ellos, le da espera por el principal. Este rey ni paga ni puede pagar á ningún otro acreedor, porque no tiene Erario ni rentas fijas, y se ve en la necesidad, como Apio, de imponer contribuciones extraordinarias, las cuales apenas bastan para pagar á Pompeyo sus réditos. Es cierto que tiene dos ó tres amigos muy ricos, pero tan dispuestos á prestarle como tú y como yo.»

«Con todo eso, no deje de recordarle y estrecharle por cartas sobre la deuda de Bruto. Deyotaro me ha dicho que había enviado expresamente á algunos para hablar á Ariobarzanes de este negocio, pero que siempre respondía no tener un cuarto. Yo tal creo, porque sé la pobreza de este príncipe y la deplorable situación en que se hallan sus vasallos. En esta inteligencia, pienso exonerarme del encargo de Bruto, ó hacer como Scévola, tutor de Glabrión, que pedía se perdonasen á su pupilo intereses y capital.»

Además de este negocio, había encargado Bruto á Cicerón otro de la misma naturaleza, pero mucho más embarazoso. La ciudad de Salamina debía á dos amigos suyos, Scapcio y Martinio, una suma que pasaba de dos millones de reales prestados al interés más exorbitante, y pedía al gobernador de Cilicia, bajo cuya

jurisdicción estaba la isla de Chipre, que tomase estos amigos bajo su protección. Apio, predecesor de Cicerón y suegro de Bruto, le había complacido ayudando á Scapcio con todo su poder, confiriéndole una prefectura con el mando de un destacamento de caballería, y éste se valió de la autoridad para atormentar á los vecinos de Salamina y de la fuerza para violentarlos á que pagasen, pues una vez encerró en la casa de la ciudad todo el Senado, y le tuvo tanto tiempo preso y sin comunicación, que murieron de hambre cinco senadores.

Bruto quería que Cicerón le hiciese el mismo favor que Apio; pero nuestro procónsul sabía las violencias de Scapcio por informes de los diputados de Salamina, y por ello le quitó la prefectura y el mando militar con el pretexto de haberse impuesto á sí mismo la ley de no dar ningún emplec de aquella especie á los que tenían algún interés pecuniario ó comerciable en la provincia; y para que Bruto no se pudiese quejar, mandó á la ciudad de Salamina pagase lo que debía á Scapcio, á tenor del edicto que había hecho publicar, por el cual se prohibía exigir más rédito que el uno por ciento al mes. Scapcio no quiso recibir el dinero de esta manera, insistiendo en los términos de su contrato, que eran de cuatro por ciento al mes, lo que había ya aumentado la suma de sólo los intereses al doble del capital, y los de Salamina protestaban que no podrían pagar ni aun á tenor del edicto, si Cicerón no hubiese usado con ellos la generosidad de condonarles el regalo en dinero que solían dar á los gobernadores, el cual destinaron para pagar á Scapcio.

Una extorsión tan odiosa encendió la indignación del procónsul, y así, á pesar de las instancias de Ático y de Bruto, resolvió reprimirla con toda la severidad de la justicia. Por más que Bruto le confesó que Scapcio no era más que un testafarro, pues el dinero era suyo, no

le hizo mudar de determinación, aunque le costó mucho disgusto, tanto por ver que Bruto era capaz de violencia semejante, como por no poderle servir sin atropellar la justicia.

Se lamenta de esto amargamente en muchas de sus cartas á Ático. «Ese es, le dice, el negocio de que se queja Bruto. Si condena mi proceder, no merece ser nuestro amigo, y estoy seguro de que su tío Catón me lo aprobará... Si Bruto pretende que contra mi propio edicto y contra todo lo que he sentenciado hasta aquí, debo hacer que paguen á Scapcio el cuarenta y ocho por ciento, cuando los más tiranos usureros se contentan con el doce; si se queja de que le he quitado la prefectura como negociante, cuando me negué á Torcuato, que pedía por tu amigo Lenio, y al mismo Pompeyo, por Sexto Stacio, sin que se hayan agraviado de ello; si se enfada conmigo porque he sacado de Chipre la caballería, me será ciertamente sensible, pero sentiré mucho más hallarle tan diferente del buen concepto que había formado de él...»

«Aunque sobre este asunto te tenga ya escrito mucho, te repito que no he olvidado lo que me decías en tu última carta : que cuando de este empleo no sacase más ventaja que la amistad de Bruto, habría conseguido bastante. Sea enhorabuena, pues tú lo juzgas así. ¿Pero quieres que lo consiga cometiendo maldades? He hecho por Scapcio todo cuanto mi propio edicto me permitía hacer. ¿Qué pide más de mí? Sin recurrir á Catón, quiero que tú mismo seas juez; pero con pacto de que me juzgues según las reglas y máximas que me has dado tú mismo y que tengo profundamente grabadas en mi corazón.»

«Cuando nos despedimos me acuerdo que con lágrimas en los ojos me recomendaste que ante todas cosas mirase por mi reputación. ¿Y en qué carta no me lo

acuerdas? Enfádense conmigo quien quisiere, que yo me consolaré con tener la justicia de mi parte, tanto más ahora que me he comprometido con el público dando á luz mis libros *De la República*.»

En otra carta le dice (la atención no se cansa leyendo ejemplos de tan rara virtud): «¿Es posible, amado Ático, que tú, que alabas tanto mi integridad y justicia, me ruegues dé tropas á Scapcio para exigir dinero por fuerza? ¿Es posible, diría Ennio, *que tal especie haya salido de tu boca?* Me dices que te pesa muchas veces no haber venido conmigo. ¿Y si estuvieras aquí, me permitirías hacer lo que me propones desde lejos? ¿Cómo me atrevería yo después á leer ni aun tomar en la mano aquellos libros que tú tanto me alabas? En este particular, amigo Ático, manifiestas demasiado amor á Bruto, y estoy por añadir que á mí acaso muy poco.»

Dice en otra ocasión que cuantas cartas le escribía Bruto eran para pedirle favores, y que con todo eso estaban llenas de expresiones duras, fieras y descorteses, porque no reflexionaba lo que escribía, ni á quién, y que, de no mudar de estilo, podría muy bien Ático guardar al tal Bruto para sí sólo, sin miedo de que él se lo envidiase; pero que esperaba se moderaría. Sin embargo, deseoso siempre de servirle, hizo tales diligencias con Ariobarzanes, que sacó de él cien talentos, los cuales, naturalmente, serían el regalo que le había destinado aquel príncipe, y los envió á Bruto.

Estableció entonces Cicerón sus reales al pie del monte Tauro para observar los movimientos del enemigo, y supo que éste se había dividido en dos cuerpos, tomando dos caminos diferentes; pues el uno avanzó por la Siria hasta Antioquía, donde tenía bloqueado á Casio, y el otro penetró en la Cilicia; pero las tropas que habían quedado en el país le sorprendieron y derrotaron completamente. Con estas noticias levantó Cicerón su

campamento, y, atravesando el Tauro, fué á apoderarse de los desfiladeros de Amano, gran montaña que separa la Siria de la Cilicia, sirviendo de límite á ambas provincias. Viéndose los Partos sorprendidos por una marcha tan rápida, se desanimaron y abandonaron á Antioquía. Entonces Casio, cobrando ánimo, los atacó en su retirada, matando muchos de ellos y saliendo herido mortalmente de la refriega su general Osaces.

Á vista de una guerra que la reciente derrota de Craso había hecho temible á los romanos, los amigos de Cicerón, que no tenían gran concepto de sus talentos militares, estaban muy cuidadosos; pero él, viéndose empeñado en tan nueva carrera, reunió todas las fuerzas de su prudencia y valor, y no hallamos que ni uno ni otro le faltase.

Desvanecido el peligro de la guerra, á lo menos por aquella campaña, no quiso despedir su ejército sin sacar antes algún fruto de haberle juntado. Los habitantes de las montañas vecinas eran feroces é independientes, y lejos de sujetarse á Roma, habían resistido á sus ejércitos, fiando en sus fuerzas y en la situación de sus castillos. Cicerón conoció lo que importaba reducir estos vecinos tan fieros, pero lo disimuló para sorprenderlos mejor. Á este fin fingió retirarse hacia la Cilicia. Después de dos días de marcha hizo alto para que descansara su ejército, y, dejando el bagaje bien asegurado, volvió atrás rápidamente y se apostó en el monte Amano, habiendo medido el tiempo para llegar allí de noche. El trece de Octubre, antes del alba, entró en las montañas llevando su ejército dividido en columnas; y él atacó uno de los lugares más fuertes y poblados, mientras sus cuatro tenientes ejecutaban lo mismo con otros, dando muerte á gran número de habitantes y haciendo prisioneros á los que escaparon del filo de la espada. Fueron tomados seis castillos y quemados ma-

yor número de pueblos. Erana, capital de este territorio, se defendió con mucho valor hasta la tarde. Cicerón fué proclamado *Imperator* por las tropas victoriosas.

Del monte Amano partió con sus tropas contra otra nación no menos enemiga del nombre romano, y tan independiente, que jamás había estado sometida á ningún rey. La ciudad principal, que se llamaba Pindeniso, tenía su asiento en la cima de una montaña. El arte y la naturaleza habían competido para hacerla fuerte, y la industria y vigilancia de los habitantes la habían proveído de todo lo necesario para la defensa. Por esto era el refugio de todos los desertores y centro de los enemigos del nombre romano. Los Partos contaban con su amistad, y por allí hacían las invasiones. Confiados de tener las espaldas guardadas con aquel auxilio, se habían internado tanto en el país. Determinado Cicerón á reducir esta plaza á toda costa, la sitió regularmente, y aunque su tren era abundante de máquinas y sus soldados valerosos, tardó seis semanas en obligarla á rendirse á discreción. Los habitantes fueron vendidos por esclavos, y cuando Cicerón dió cuenta al Senado de su victoria, ya había producido la venta del botín más de dos millones de reales. Todo lo demás, á excepción de los caballos, se dió á saco al soldado. El terror que esparcieron estas conquistas movió á los Tiburanos, que era otro nación no menos indómita y feroz, á entregarse voluntariamente á las armas romanas y á dar rehenes. Cicerón acabó con esto la campaña y envió su ejército á cuarteles de invierno.

En estos hechos de armas fundó después su pretensión á que se le concedieran los honores del triunfo, y no los obtuvo por impedirlo la guerra civil entre César y Pompeyo.

Empleó Cicerón lo restante de su gobierno en proteger, por orden del Senado, á Ariobarzanes, rey de Ca-

padocia, y en libertar las ciudades y pueblos de las deudas inmensas que la avaricia excesiva de sus predecesores les habían obligado á contraer. Molestaba singularmente la conducta desinteresada y prudente de Cicerón á Apio, su predecesor en el gobierno de Cilicia, por lo que contrastaba con la suya, y le escribió muchas cartas quejándose de que aboliese algunas de sus providencias. El tercer libro de las *Cartas familiares* de Cicerón lo forman casi por completo las cartas que escribió á Apio, y se reducen á quejas y satisfacciones de esta especie. Manteníase no obstante su amistad, cuando sobrevino un caso capaz de embrollarlos para siempre. Tulia, hija de Cicerón, se separó de Crasipedes, su segundo marido y, en ausencia de su padre, pasó á terceras nupcias con P. Cornelio Dolabela. Este era de familia patricia, pero su talento y buena gracia le recomendaban aun más que su cuna. Era de genio un poco violento, temerario y aun bilioso, excesivamente inclinado á César, amigo de diversiones y tan gastador, que había ya desconcertado su patrimonio. Aunque se podía esperar que Tulia, con su prudencia, moderaría sus inclinaciones, disgustó mucho á Cicerón la noticia, tanto más que Dolabela, para hacer este matrimonio, se divorció igualmente de la mujer que tenía.

Apenas se vió yerno de Cicerón cuando, arrastrado de su carácter violento, acusó á Apio de maquinarse contra la República y de soborno en la pretensión del consulado. Esto era lo mismo que poner á Cicerón en el mayor apuro, porque todos sospecharon que no era su yerno capaz de dar este paso sin su consentimiento, y así, para justificarse con Apio, le escribió luego que lo supo protestándole había ignorado hasta entonces la temeridad de Dolabela; y si en esto no decía exacta verdad, la decía á lo menos al asegurar que su yerno procedía sin su consejo. Como la cualidad de gobernador de

Cilicia le ponía en estado de poder hacer mucho bien ó mucho mal á Apio en este proceso, se hicieron las mayores diligencias para empeñarle en favor del acusado, y Pompeyo, que lo patrocinaba, había determinado enviar uno de sus hijos á Cilicia para instarle con más eficacia. Sabido esto por Cicerón, les ahorró el trabajo, resolviendo declararse por Apio y prometiéndole todos los auxilios que dependían de él y de su provincia, con deseo de destruir todas las sospechas de Apio; y así éste, fiado en ello, contestó á la acusación y dió prisa á que se formase el proceso. Entrando á este fin en la ciudad, y renunciando á la pretensión del triunfo, se presentó á los jueces antes que Dolabela hubiese dispuesto todas sus baterías, y esta acción, que parecía responder de su inocencia, contribuyó mucho para que se le absolviese.

Poco después de su proceso le eligieron censor con Pisón, suegro de César, y fueron los últimos que ejercieron este cargo durante la libertad de la República. La ley Clodia no había dejado más que una sombra de autoridad á los censores; pero Scipión, cónsul del año precedente, los restableció en su antiguo poder, y Apio en consecuencia emprendió el ejercicio de su empleo, con tanta más severidad, cuanto pasaba por hombre muy desarreglado en sus costumbres, y pensaba con esta afectación de rigor recuperar la reputación perdida.

Celio, hablando en confianza con Cicerón, se burlaba de él. «Has de saber, le escribía, que el censor Apio hace prodigios acerca de las estatuas y pinturas, de la cantidad de tierras que se puede poseer y del pago de deudas. Toma la censura por un jabón para lavar sus manchas, y se engaña, porque cuanto más pone en colada sus trapos, tanto más descubren lo manidos que están. Ven presto, por vida, tuya para que riamos de estas miserias. Verás á Druso juzgar las causas de adul-

terio por la ley Scantinia y á Apio reformar las estatuas y pinturas.»

Todas estas reformas sólo sirvieron para indisponer al pueblo contra Pompeyo, que era quien metía tales cosas en la cabeza de Apio. Su compañero Pisón, que previó las malas resultas de este celo indiscreto, se estuvo tranquilo, dejando que Apio maltratase á los senadores y caballeros, echase del Senado á Salustio el historiador y amenazase á Curión de hacerle el mismo ultraje. Todo esto contribuía á aumentar el número de los partidarios de César.

El grande objeto de la expectación pública era la conducta de este temible gobernador de las Galias y las resultas de su ruptura con Pompeyo, que ya se miraba como inevitable. Los partidos empezaban á formarse á las claras, y cada uno se arrimaba á donde veía sus mayores ventajas ó á donde le llevaba su inclinación. Pompeyo tenía de su parte á los más de los senadores y magistrados, con las gentes más de bien de todas clases. Con César estaban todos los inquietos, los facinerosos, los condenados ó que merecían serlo, casi todos los jóvenes, el populacho de la ciudad, algunos tribunos de los más atrevidos y, en fin, todos los arruinados por deudas que no sabían cómo pagarlas. En las cartas de Cicerón á Celio se halla todo este pormenor. «Preveo, escribía Celio, que Pompeyo será sostenido por el Senado y por los que ejercen los principales oficios, y que César tendrá de su parte aquellos que tienen por qué temer, á quienes no queda más recurso que juntarse con él. Con todo, yo creo que nuestro ejército no será comparable al suyo.»

César había terminado gloriosamente la guerra de las Galias y reducido aquellas vastas provincias al yugo de la República; pero aunque el tiempo de su gobierno estaba para acabar, no había apariencia de que él quisie-

se dejarle para presentarse en Roma como simple ciudadano. El pretexto de que se valía para no desprenderse de él era que á Pompeyo se le había prorrogado por cinco años el gobierno de España, y, por consiguiente, que él no podía dejar el mando de sus tropas sin exponerse á graves peligros.

El Senado, para calmar sus miedos, le había permitido fuese cónsul estando ausente y sin pretenderlo según las formalidades acostumbradas, pero esta distinción no bastó para aquietarle, por lo que el cónsul Marcelo, uno de sus más acérrimos enemigos, propuso terminantemente que se le quitase el mando y el gobierno y se le nombrase sucesor; añadiendo que además se le revocase la gracia que se le hizo de pretender el consulado estando ausente, obligándole de este modo á venir á Roma para solicitarle por los medios ordinarios y, para mayor dureza, quería se negase el derecho de ciudadanía á las colonias que César había establecido pasado el Po. Esta proposición se dirigía contra la colonia de Como, que César había privilegiado, porque las que estaban á la parte de acá del Po obtuvieron por medio de Pompeyo el derecho del Lacio, esto es, la ciudadanía de Roma para sus magistrados anuales.

Llevado de su odio á César quería Marcelo que su colonia de Como fuese excluída de este privilegio, y sin esperar la decisión del Senado hizo azotar públicamente un magistrado de aquella colonia porque se trataba como ciudadano romano, cuya cualidad libertaba á cualquiera de la infamia de este castigo, y para agravar la afrenta, dijo al azotado que fuese á mostrar á César sus llagas como testimonio de su ciudadanía romana. Cicerón desaprobó grandemente esta acción, calificándola de violenta é injusta. «Marcelo, dice, se ha cubierto de oprobio... y su violencia es injuriosa no menos á Cesar que á Pompeyo.»

Servio Pulpicio, su compañero de consulado, tenía más moderación y procuraba evitar cuanto pudiera contribuir ó servir de pretexto á una guerra civil; y cuando por sí no tenía bastante fuerza para contener á Marcelo, se valía del auxilio de algunos tribunos que eran de su mismo carácter. Pompeyo tampoco gustaba de violencias, ni quería que su ruptura con César empezase con semejante principio. Su inclinación y su política le persuadían de que, dejando acabar á César el tiempo de su gobierno, si no obedecía al decreto del Senado y usaba de la fuerza para mantenerse en el mando, toda la odiosidad de la rebelión recaería sobre él.

Esta manera de pensar prevaleció tanto en el Senado, que después de haber tenido muchas reuniones resolvió por un decreto que los cónsules electos L. Paulo y C. Metelo esperarían hasta el día 1.º de Marzo á proponer la distribución de las provincias; que si algún magistrado se oponía á esta resolución fuese tratado como enemigo público, y que este decreto se pusiese en los registros públicos para que el Senado en todo tiempo le tuviese presente. Cuatro tribunos se opusieron á dicho decreto, por lo cual Pompeyo, que continuaba afectando mucha moderación, rogado por todos para que explicase más claramente sus intenciones, respondió que no se podía sin injusticia quitar á César su gobierno hasta el día 1.º de Marzo, que era el término prescrito por la ley. Varios senadores le objetaron, que en tal caso suscitaría la contradicción de algunos tribunos á que se ejecutase el decreto, y á esto replicó que tanto valdría el que tuviese César gentes dispuestas á oponerse al decreto del Senado, como desobedecer abiertamente. ¿Y qué haremos, preguntó otro senador, si se le pone en la cabeza ser cónsul y al mismo tiempo conservar su gobierno? Pregúntame también, dijo Pompeyo, qué haré si mi hijo coge un garrote y me da de palos.

Si en esto hablaba con sinceridad, estaba aún muy lejos de creer posible la rebelión de César.

Los nuevos cónsules eran amigos de Cicerón, y así les escribió la enhorabuena, pidiéndoles el auxilio de su autoridad para que se ejecutase el decreto de la acción de gracias hecho á su favor, y sobre todo les rogaba encarecidamente que no permitiesen prorrogar su gobierno más allá del término señalado. Como estos dos supremos magistrados eran enemigos acérrimos de César y estaban enteramente unidos con Pompeyo, se presumía que en breve decidirían el negocio de las Galias; pero César, con sus manejos, supo impedir se le nombrara sucesor. Marcelo, que lo propuso en el Senado, quedó muy sorprendido al ver que su compañero Paulo y el tribuno Curión fueron los que más se opusieron, ganados ya con dinero por César. Se dijo que á Paulo le había dado cerca de un millón de duros y á Curión mucho más para que no permitiesen que durante su magistratura pasase nada en perjuicio suyo. Paulo necesitaba de aquella suma para rehacerse de las inmensas que había gastado en edificios públicos, y Curión para pagar sus exorbitantes deudas, pues en todo se había verificado el pronóstico de Cicerón de que en poco tiempo dilapidaría uno de los más ricos patrimonios de la República, y no le quedó, según expresión de Plinio, más renta que la esperanza de una guerra civil. Todos los escritores romanos convienen en estos hechos de Curión, del cual dice Lucano que, corrompido con los despojos de las Galias y el oro de César, mudó repentinamente de bando. Servio pretende que, aludiendo á esta traición de Curión, compuso Virgilio aquel verso: *vendidit hic auro patriam...*

Afligido Cicerón por las noticias que acerca de los peligros que amenazaban la República recibía de Roma, deseaba con la mayor impaciencia que llegara el fin de

su gobierno; pero antes de partir quiso hacer cuenta general de las sumas que habían pasado por sus manos y por las de sus subalternos; y, habiéndola puesto en limpio con la mayor claridad, hizo sacar tres copias: una destinada á la tesorería de Roma y las otras dos para dejarlas archivadas en las dos principales ciudades de su gobierno, al cual puso fin con un rasgo de generosidad nunca vista y después poco imitada. De lo que la provincia le daba para su manutención había ahorrado con su economía unas doscientas mil pesetas, y las entregó en la caja de ella para socorro de sus pueblos. Esta liberalidad, dice él mismo, hizo murmurar mucho á las gentes, que esperaban distribuiría dicha suma entre ellas. Nada lograron con sus quejas, pero las recompensó de otros modos; de suerte que nadie tuvo razón de quedar descontento de haberle servido.

Como el Senado, por las turbaciones de Roma, no había designado aún el procónsul que había de sustituirle, entregó el mando á su cuestor C. Celio, y se puso en camino para Italia.

La vía que tomó al volver fué por Rodas, para que su hijo y sobrino viesen aquella famosa isla, y quizá para hacerles tomar algunas lecciones de su célebre escuela de elocuencia, donde él había aprovechado tanto bajo la enseñanza de Molón. Estando allí supo la muerte de Hortensio, que le causó mucha aflicción, trayéndole á la memoria la vida que habían hecho juntos y su carrera en el foro, donde tantas veces se habían disputado el premio de la elocuencia. Hortensio reinaba en ella sin competidor cuando se presentó Cicerón la primera vez, y si su reputación, tan establecida, fué el estímulo más poderoso que avivó al joven Cicerón en aquella carrera, los progresos rápidos y brillantes de éste sirvieron también de mucho para despertar el ardor de

Hortensio y obligarle á poner en acción todas las fuerzas de su ingenio á fin de no dejarse eclipsar por un rival tan peligroso. Ambos pasaron la mayor parte de su vida en esta noble emulación; pero Hortensio, que era el más viejo, habiendo conseguido sucesivamente todos los honores de la República, y satisfecha su ambición con el consulado, comenzó á abandonar el trabajo y á entregarse á la pereza y quietud, que era lo más conforme á su genio, dejando así tomar ascendiente á Cicerón, que no era capaz de entibiarse ni de perder un momento de sus tareas por las delicias, aspirando siempre á la perfección y á la gloria: Hortensio publicó después varias oraciones, que se conservaron mucho tiempo después de su muerte; pero al fin se perdieron, y así estamos privados del gusto de compararlas con las de Cicerón y de juzgar la diversidad de talentos de dos tan grandes oradores. Sobre esto es preciso contentarnos con el juicio que formaron de ellos los antiguos, según los cuales la mayor parte del crédito de Hortensio provenía de la *acción*, en la cual ponía más artificio del que pide la oratoria, por lo que daba más gusto oír sus oraciones que leerlas. Al contrario, las de Cicerón, como no necesitan más afeite que su propia belleza, han sido y serán siempre buscadas y leídas con aquella estimación que tal vez ha contribuído á que las otras se hayan olvidado. No obstante, todos los antiguos, y el mismo Cicerón, hablaron de Hortensio como que poseía todas las cualidades de un perfecto orador: elegancia de estilo, fertilidad en el ingenio, abundancia y gracia, con gran dulzura y armonía de voz. La emulación entre Cicerón y él jamás llegó á romper su buena correspondencia; antes al contrario, vivieron siempre en la mejor armonía, siguiendo los mismos principios de política; por ello le lloró Cicerón, no sólo como quien llora la falta de un amigo, sino como una desgracia general en tiempo que

la República tenía tanta necesidad de sus mejores y más fieles servidores.

De Rodas pasó Cicerón á Atenas, donde se detuvo algunos días. Todas las cartas que recibía de Roma le anunciaban como infalible la guerra civil, en la cual no le era posible dejar de tomar partido. Para esto necesitaba conocer primero á fondo el estado preciso de los negocios públicos y tomar medida para los suyos particulares. Su impaciencia por esta razón era grande, y más cuando no perdía las esperanzas de que se ajustase la paz. Quizá se lisonjeaba de ser él quien la hiciese, y no le faltaba razón para pensar así, pues tanto Pompeyo como César hacían cada cual lo posible por atraerle á su bando y se persuadían haberlo conseguido. Uno y otro le escribían mostrándole la mayor estimación y confianza, y así no era extraño se persuadiese que, mediante aquellas gestiones, con sus principios de política, acompañados de tanta prudencia y autoridad, podría conseguir se restableciese la armonía que faltaba en la República.

En su viaje de Atenas á Roma cayó enfermo Tirón, uno de sus esclavos más amados, á quien poco después dió libertad y le dejó en Patraso encargado á los médicos. Esta circunstancia parecerá ligera á los que ignoran las grandes obligaciones que la posteridad debe á este esclavo famoso por habernos conservado las cartas de su señor. Había sido educado en casa de los Cicerones con otros esclavos de su edad, entre los cuales se distinguió siempre por sus excelentes cualidades, pues además del celo y amor á sus amos, tenía un genio tan amable, y tal inclinación y gusto maravilloso á las ciencias, que se hizo necesario á su amo, tanto para los estudios como para los negocios domésticos.

«Veo, escribía Cicerón á Ático, que estás inquieto por la salud de Tirón. Te confieso que yo lo estoy mucho